

De nuestras manos

Por RODRIGO MOTAS TAMAYO
Foto EUGENIO PÉREZ ALMARALES

Fuertes nexos de amistad me unen al campechuelero Félix Pedro Guillén Fonseca, desde la década de los años 80 del siglo precedente, cuando lo atendí en su función de corresponsal voluntario, de este rotativo.

Adalid de estos tiempos, Guillén se erige como máximo promotor de las transformaciones de un barrio que acumula reconocimientos provinciales y nacionales, por lo que, al historiarse sobre Campechuela, hay que tener presente al reparto Marcial Jiménez.

Entonces, debe hablarse de Guillén siempre por su desempeño de hombre-comunidad, hombre-naturaleza y su entrega absoluta.

PRELUDIO DE UNA ENTREVISTA

La comunidad, en la parte alta de la ciudad, cuenta con más de tres mil habitantes. Desde allí, mirador natural, el mar en el horizonte es una fotografía cotidiana de salitre, olas y pescadores.

Los primeros asentamientos datan de finales de la séptima década del siglo XX y principios de la octava, cuando a la vera del camino (prolongación de la calle República) que lleva a las comunidades de El Puntico y Palmarito, se establecieron personas provenientes de distintas zonas rurales de este costero terruño, en el sur de Granma.

Una peculiaridad marca este inicial proceso: las viviendas, por lo general, se traían armadas, en tractores o carretas, se arrancaban de un lugar y al siguiente día amanecían en otro. De ahí que al barrio se le conoció como Quitaipón, y, al padecer de una sequía permanente, le pusieron el mote de Barrio Seco.

GUILLÉN Y EL BARRIO

En 1980, Guillén es elegido delegado de la circunscripción 11 (actualmente perteneciente al consejo popular Campechuela Uno), y a partir de esa fecha la comunidad experimenta cambios vertiginosos, siempre con los pobladores como protagonistas, hasta convertirse en Barrio de Referencia Nacional.

El despegue estuvo matizado por la pavimentación de calles, construcción de aceras y contenes, alumbrado público, sistema de acueducto, consultorio del médico y la enfermera de la familia, instalación telefónica, plaza para bailables, unidades de Comercio y Gastronomía, mercado agropecuario y otras transformaciones que marcan las últimas décadas.

Sin embargo, uno de los mayores logros de Guillén está en convertir un vertedero clandestino en parque ecológico, nombrado Rosa Elena Simeón Negrín, que cuenta con Wifi, casa para la historia, punto para minibiblioteca, sitio histórico y dos bustos de José Martí.

Como timonel del Marcial Jiménez, puso proa a metas como primer lugar provincial y nacional en limpieza y embellecimiento, en vigilancia revolucionaria, en el rescate cultural, centenario en donaciones de sangre, primero en iniciar el programa Educa a tu hijo, mejor zona jardín y libre de delito, y matriz de Granma y del país en declararse Protector del medioambiente.

Guillén ostenta cerca de medio centenar de condecoraciones, fue declarado Hijo Ilustre de Campechuela; merecedor de varios reconocimientos y felicitaciones de dirigentes de la Revolución, como el Comandante en Jefe Fidel Castro y otras personalidades, organismos e instituciones del país por su labor como delegado, cederista, protector del medioambiente y corresponsal de varios medios de prensa.

UN HOMBRE COMO LOS DEMÁS

Esta es la tercera vez que escribo sobre él, porque se lo merece. Años atrás, por este periódico y por la emisora Radio Granma, publiqué los trabajos periodísticos Un soldado del pueblo y Gente de pueblo, por eso hoy es un placer cumplir con la encomienda del director de La Demajagua.

Guillén no sobresale por su fortaleza física. Más bien es un hombre como los demás, pero por su historia de vida se hace gigante socialmente y para la eternidad.

Azadón en mano, me recibe. Se propicia el acostumbrado estrechón de manos y la conversación amena. Casi sin percatarnos del tiempo, recorreremos juntos la finca agroecológica La Pera, en la que este joven de ideas y amor a la tierra cuenta con tres hectáreas cultivables, dos y media dedicadas a frutales y el resto al autoconsumo.

Con su plática fluida, Guillén me habla y muestra las 106 especies de árboles plantados, con más de un millar de variedades, destacándose las 140 matas de aguacate, 120 de mango, 110 de coco, 48 de guayaba, 44 de pera, 36 de nispero, 12 de ciruela china, 10 de pepinillo, e igual cifra de una llamada vita nuova.

“Tenemos, además, media hectárea de café robusta y otras siembras, como el canistel, plátano fruta y zapote, productos que se comercializan mediante la Cooperativa de Créditos y Servicios Horacio Rodríguez Hernández, y el resto va a los centros asistenciales del municipio y a personas vulnerables en el barrio”.

En la finca, Guillén describe características de cada cultivo y me acerca a la historia detrás del árbol. Allí crecen en buen estado la palma criolla azul y la real, el caguairán, el júcaro, flamboyán, roble blanco, guásima, majagua, jubabán, cedro, algarrobo, yagruma, espino, copey, ateje, entre otros tantos.



“Contamos -dice- con dos estanques para el cultivo de peces, pero hace más de seis meses que la turbina no funciona, por roturas, y aunque hay muchas gestiones hechas, no tenemos la solución”. Lamentable, si recordamos que esta finca obtuvo en el 2016 la condición de Joya de Cuba, categoría de Excelencia y Quinta Corona de la Agricultura Urbana, Suburbana y Familiar.

CON EL PIE EN EL ESTRIBO...

Camino a su casa, recorremos el parque ecológico Rosa Elena Simeón Negrín, que también destaca por la amplia variedad de especies maderables, medicinales, frutales y ornamentales; muchas de las cuales fueron sembradas por dirigentes y otras personalidades del país, de ahí que detrás de cada árbol exista una historia.

Ya sentados, en la sala, volvemos a los recuerdos, a sus trofeos y reconocimientos; a sentir la presencia del Máximo Líder de la Revolución, Fidel Castro Ruz, desde las instantáneas que adornan las paredes. Su mirada brilla, se enciende cuando afirma: “Seguiré luchando hasta que pueda..., con el pie en el estribo... siempre”.

Su esposa, Eudocia Peña Frómeta, me confiesa: “Él es más del barrio que de la casa, imagínese que en nuestro romance llegó a decirme que si discutíamos por cosas de pareja o del trabajo, yo estaría en segundo lugar”.

Guillén sonríe y recuerda: “Cuando la Crisis de Octubre, me movilicé, y mi madre lloraba para que no fuera; un día, y como cosas de jóvenes de la época, me le paré delante y le dije que yo prefería a la Revolución”.

Y cierto es: su infancia, juventud y adultez llevan el sello del trabajo duro y de la constancia.

Por problemas de enfermedad, se jubiló a los 55 años del sector azucarero, pero nunca dejó de trabajar. Entre sus funciones como delegado, promotor ambientalista, cederista, guardián contra lo mal hecho y preocupado hasta la médula por la formación de las nuevas generaciones, se aferra a la tierra “porque de ella dependemos, si la hacemos producir”.

Mucho ha dado Guillén al barrio, a la sociedad y a la Revolución, sin pedir nada a cambio. Se sabe que es un perpetuo andarín y ni bicicleta tiene. Su chequera de jubilado es de mil 528 pesos, y con la ayuda de la Asociación de Combatientes ahora supera los tres mil.

Regreso a mi domicilio, por la calle República, arteria principal del barrio, hoy en muy mal estado, y pienso que tenemos deudas con Guillén, quien pronto, el próximo 21, cumplirá 78 años.

La verdad es que Félix Pedro Guillén Fonseca lleva una vida entera de entrega y fe en el porvenir, consciente de que de nuestras manos nace el fruto del hombre de hoy y del mañana.



